

Federico Rubio

Lima como dispositivo (*work in progress*)

Hace algunos años empecé a viajar de manera esporádica a Lima, Perú, a exponer fotografías. A partir de las breves estadias que acompañaban esos viajes tuve mis primeros contactos con la singularísima luz de la ciudad. En Lima se produce la rara conjunción de que siempre está nublado, pero nunca llueve. Lima —y para los que no la conocen este dato puede resultar una sorpresa— es un desierto. Un desierto, por cierto, irrigado artificialmente e incluso surcado por un río, el Rímac, pero desierto al fin. Por la mañana o por la tarde, camiones cisterna municipales recorren los diferentes distritos para regar las plazas públicas o los canteros de los bulevares y permitir que la vegetación sobreviva. Se trata, insisten algunos, de una de las ciudades más secas del mundo... Pero afirmar eso sin más obliteraría otra parte de la verdad sobre su clima: la indiscutible humedad. Un oxímoron vendría al rescate para una descripción menos imprecisa de Lima: desierto húmedo. Existe, en efecto, una microrlluvia que moja la ropa, el cuerpo y el aire que se respira, aunque la media de la precipitación anual no se vea afectada y alcance unos escasos 20-30 mm.

En la cronométrica ausencia del sol y en la ubicua humedad, así como en el estado de sempiterna media estación, debió pensar el poeta decimonónico Juan de Arona cuando describió el clima de Lima con los siguientes versos: “Un dulce malestar de enero a enero / y un estarse muriendo todo el año”. Sus palabras serían citadas tiempo después por Sebastián Salazar Góndy, en un emblemático libro y ensayo cuyo título fue, no en vano, “Lima la horrible” (1964). La ciudad, producto del tipo de suelo y de su condición desértica es, además, enfáticamente polvorienta. “Color caca”, agregará Vargas Llosa desde las páginas de “Conversaciones en la Catedral” (1969). La irreverencia pertenece en rigor a Santiago Zavala, uno de los protagonistas de la novela, y se trata de una observación lateral. Pero es verdad que, paroxismos a un lado, lo primero que uno entrevé cuando el avión atraviesa el espesor de nubes para aterrizar en el aeropuerto Jorge Chávez, son azoteas

amarronadas, cubiertas de polvo. En síntesis, la ciudad estaría enclavada en un desierto húmedo, color marrón/arena, cubierto por un cielo ceniza que los limeños, si no detestan, aceptan con resignación. “Panza de burro” lo llaman, y es una gloria para el ejercicio de la fotografía. La panza, a veces ligera, produce una exquisita resolana. Otras veces, más cargada, proyecta una luz plumiza o plateada. Pero aún si bambolea lo que lleva dentro, nunca termina de agrietarse, de rajarse, de explotar: Lima no conoce el paraguas, el relámpago o el trueno. La ciudad y su asordinado cielo se encuentran atrapados entre montaña y océano, en un microclima de asombrosa invariabilidad. Y la nube casi permanente, aparentemente inmóvil, oficia, para un fotógrafo, como de desmesurada sábana iluminada por detrás. Una suerte de softbox gigante que baña la metrópolis con una luz envolvente, amigable, sin accidentes.

A partir de la paulatina y enardecida constatación de los datos anteriores, empecé en 2017 a viajar en forma más sistemática, para recorrer y documentar diferentes aspectos de la ciudad y de su indisoluble luz. Luz democratizadora que me es difícil separar, y superar, de mi mirada poco objetiva sobre la propia Lima. Así pues, después de varios años de viajar y registrar el interior urbano y suburbano del Uruguay, me escapo y amplío el campo de investigación a otras idiosincrasias, en otras regiones de América del Sur. Comienzo por la capital de Perú.

Federico Rubio, setiembre de 2019.

Federico Rubio (Montevideo, 1966). Es fotógrafo desde 1991. Egresado de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de la República (Uruguay) en 1994 y del London College of Printing (Inglaterra) en 1996, donde realizó un posgrado en Fotoperiodismo. Ha participado en numerosas muestras colectivas e individuales, en Uruguay y el exterior. Entre los premios recibidos destaca la Guggenheim Fellowship en Fotografía, obtenida en 2010. Vive la mayor parte del año en Montevideo



Miraflores, 2018



Nueva Esperanza, Villa María del Triunfo, 2018



Morro Solar, Chorrillos, 2017



Lurín, 2018



San Miguel, 2018



Rímac, 2018